

## Fabián Mauricio Martínez González

Bucaramanga. Estudió literatura y periodismo. En tres ocasiones ha ganado la Mención de Reconocimiento del Concurso Nacional de Cuento de la Universidad Externado de Colombia. Fue ganador del II Concurso Nacional de Cuento RCN y MEN. Ha sido finalista, en tres oportunidades, del Concurso de Cuentos La Cueva. Ha sido coordinador de talleres de literatura. Ha publicado los libros *Me llamo José Antonio Galán* (juvenil), los libros de cuento *Una ciudad llamada Bucaramanga* y *Cuervos en la ventana* y la novela *El sexo de las salamandras*. Trabajos suyos aparecen en diversas colecciones, como *Colombia cuenta*, *Demasiado jóvenes para morir*, *Todos amábamos a Monina Klevens* y otros cuentos (cuentos) y *Sucedió en la ciudad* (crónicas).

*Para Jairo Alejandro*

Mi abuelo me despertó acariciándome la cabeza:

—Hora de levantarse, hijo.

Con los ojos pegados por las lagañas de las cuatro de la mañana, observé, todavía sumergido en las aguas del sueño, el revuelo que hacían mis padres y tíos. Camisetas, trajes de baño, toallas y pantalonetas formaban montañitas en las camas que poco a poco desaparecían dentro de las maletas. Allí estaba mi familia, dos horas antes de un amanecer de febrero, preparando un viaje al mar.

Los preparativos habían comenzado en octubre, en el cumpleaños de mi prima Sabrina. La familia estaba reunida y mi abuelo propuso un viaje a la costa. Los tíos hicieron cálculos mientras los primos correteábamos por la casa cazando arañas y moscas de las ventanas para arrojarlas al retrete y llenábamos de gritos y estampidas los corredores y las escaleras.

Los tíos decidieron que febrero era el mejor mes para viajar. Encontraríamos hospedaje a precios económicos y, sobre

todo, tranquilidad para un viaje en familia con los niños pequeños. Recuerdo que era la época en que mis tíos menores todavía no se casaban. Así que solo estábamos en la pandilla de primos, mi hermano Gustavo, mi primo Gaspar, mi prima Sabrina y yo.

La noche anterior al viaje, mi mamá, mi tía y mi abuela envolvieron en papel aluminio emparedados de pollo. A mí me encantaba sentarme en la cocina y verlas trabajar. Me gustaba escucharlas hablar sobre cualquier cosa mientras encendían fogones, hervían el pollo, cortaban las cebollas en cuadritos y untaban los panes con mayonesa.

Segundos después de que mi abuelo me despertara, sentí las manos tibias de mamá alzándose de la cama:

—Es la primera vez que vas a ir al mar, Camilo —me dijo mamá entre sus brazos—. El mar es más grande que tu papá, mucho más grande que tu abuelo —me dijo mamá, y me llenó la cara de besos de camino al baño.

Me desnudó y, antes de que pudiera quejarme por el frío, me sumergió en una

tina de agua caliente. Agradecí los chorros de agua en la espalda y las caricias de sus dedos en mi pelo. Mamá me sacó de la tina, me cubrió con una toalla y me dejó parado junto al retrete, mientras ayudaba a papá a encontrar sus medias.

Mi hermano Gustavo, ya vestido, se cepillaba los dientes en el lavamanos. Terminó de enjuagarse la boca, espió tras la puerta para asegurarse de que mamá no viniera y me dijo:

—El mar está lleno de tiburones, ballenas asesinas y anguilas eléctricas. Te vas a morir, Camilo, te vas a morir y nadie va a hacer nada para salvarte —y me pellizcó los brazos antes de salir corriendo.

Allí mismo, en las aguas amarillas del retrete, me vi devorado por un pez gigantesco. Me vi flotando en ese minúsculo mar, triturado por unas enormes mandíbulas asesinas. Mamá vino por mí, me llevó a la cama y me vistió.

Nos reunimos en el comedor. La abuela repartió huevos duros, almojábanas, panes y tazas de chocolate. El tío Miguel hablaba de parar en pueblos con nombres extraños y almorzar guisado de iguana.

—El guisado de iguana es mejor que el pargo frito, el róballo en salsa o el ceviche de corvina —decía el tío Miguel, con un convencimiento que le brillaba en los ojos.

El abuelo, sin mirar al tío Miguel, como mirando el aire sobre las tazas de chocolate, contestó:

—Yo prefiero el pescado, no veo la hora de comerme un bocachico frito con patacón —y, apoyando el dorso de su mano derecha sobre su antebrazo izquierdo, nos enseñó de qué tamaño quería su pescado.

—Camilito sí va a comer iguana con el tío, ¿cierto? —me preguntó el tío Miguel, mientras mi tía Ángela, su esposa, hacía una mueca de asco.

Yo sorbí el chocolate y, lamiéndome el bigote de espuma tornasolada, contesté:

—La iguana no se come, tío... La iguana tomaba café, tomaba café, a la hora del té.

Todos rieron, menos mi hermano, que me sacó la lengua y me enseñó su nariz de marrano. Los tíos se levantaron de la mesa y mi prima Sabrina, mi primo Gaspar, mi hermano y yo fuimos a los automóviles.

Los tíos llevaban maletas, bolsas y paquetes a los baúles de los coches. Sabrina dormía sobre las piernas de Gaspar, que leía un libro ilustrado sobre payasos. Ahora que lo recuerdo, Gaspar siempre andaba con ese libro, se lo sabía de memoria y no perdía oportunidad de montar pequeños *shows* para toda la familia.

Allí estaba yo, espiando a mis primos desde nuestro carro, mientras mi hermano me empujaba la cabeza contra la ventanilla repitiendo con voz fastidiosa:

—Llore, llore, llore, llore.

Gustavo estrelló mi nariz contra el cristal. Yo pegué un berrido de oveja y los adultos vinieron en mi auxilio. Mamá me sacó por la ventana y me mimó, mi abuela y mi tía hicieron lo mismo. Papá haló a Gustavo fuera del auto y le pegó dos correazos.

—¡No le pegue a su hermano! ¡No ve que es más pequeño!

Mamá subió al auto, ajustó una bala-ca roja en su pelo negro y se recostó en el asiento. Papá cerró su puerta, besó a mamá en los labios y le dio arranque al carro. Mi abuelo comandó la caravana, en su vieja camioneta Ford, secundado por el tío Miguel, en su Fiat 1300, y rematado por nosotros, en aquel inolvidable Renault 4 amarillo.

Me quedé dormido luego de ver a través de la ventana potreros con árboles torcidos y vacas a blanco/negro exhalando su aliento de humo de dragón. Soñé que papá tenía los ojos oscuros, la cabeza en punta y un catálogo escalofriante de dientes. Papá me enseñaba sus colmillos y aceleraba. Yo trataba de gritar, pero no podía. El auto iba

por una carretera que bordeaba un abismo. Papá sacaba el auto de la carretera y, mientras volábamos por el vacío, saltaba sobre mí y me arrancaba la cabeza de un mordisco.

Me desperté sudando. No había nadie en el Renault 4. Temí encontrarme en medio del mar, acechado por la aleta asesina de mi padre. Me incorporé y vi que el Renault 4 estaba firmemente estacionado sobre un campo de tierra. A poca distancia, mi familia almorzaba bajo un kiosco de palma. Mamá vino por mí. Me sacó del auto y me dejó caminar.

El suelo no tenía hierba ni plantas. Era pura tierra amarilla en donde varias lagartijas rojas, verdes y azules huían despavoridas al sentirme cerca. Perseguí a las salamandras hasta que me topé con unos niños en calzoncillos. Su piel era oscura como el chocolate y hablaban igual de enredado a la mujer que servía platos de arroz, postas de pescado y patacón. Yo no quería almorzar, quería jugar con los niños y las lagartijas de colores.

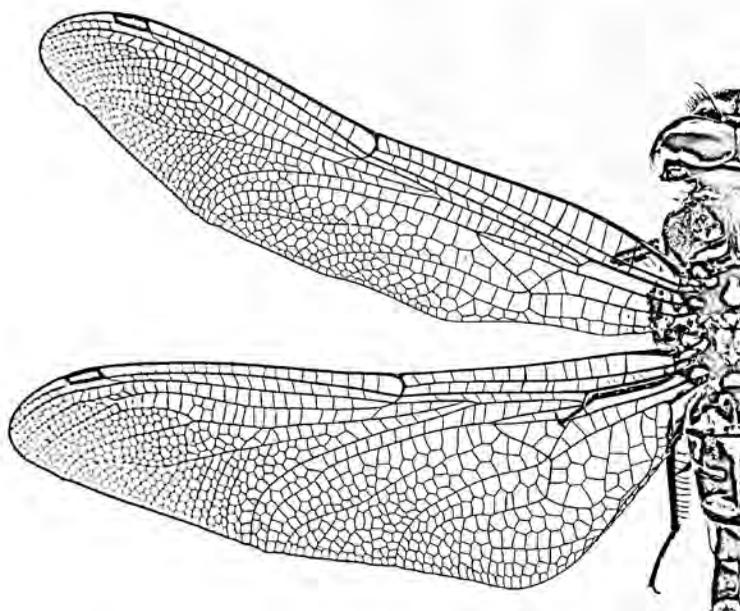
—Tú no puedes jugar hasta que almuerces —ordenó mamá mientras me metía trozos de pescado en la boca.

Me resigné a ver a los niños en calzoncillos corriendo a la orilla de la carretera. Antes de reemprender el viaje, el tío Miguel me llevó a cada uno de los tres autos y me mostró los radiadores. De las rendijas oxidadas de la camioneta Ford, del Fiat 1300 y del Renault 4 pendían libélulas, escarabajos y mariposas muertas. Me alzó sobre cada uno de los capotes y me señaló el parabrisas, que estaba repleto de cadáveres de insectos.

Mi hermano Gustavo tomó una libélula del radiador de nuestro Renault 4 y subió al carro. Las líneas y óvalos dibujados en las alas de la libélula nos recordaron los vitrales que el tío Miguel hacía los fines de semana. El tío Miguel era odontólogo, pero su verdadera pasión era diseñar cristales.

Los fines de semana los dedicaba a tallar vidrios en el patio de la casa de los abuelos.

Gustavo partió el cuerpo de la libélula en dos. Un líquido viscoso, como leche condensada, brotó del vientre del insecto. Mi hermano arrojó el cadáver por la ventana y limpió sus dedos en el asiento del carro. Pidió una servilleta a mamá y, antes de acabar de limpiar su mano, me la restregó en la nariz. Yo grité, pero mis padres no prestaron atención. Gustavo hizo un agujero en la servilleta y metió uno de sus dedos allí. Sacó su brazo por la ventana y se inventó un Superman enredado en su pequeña mano.



Mamá tenía su hermosa cara colorada por el calor. Sonreía con la misma luz del sol mientras acariciaba la barba de papá, que conducía el auto mientras le daba golpecitos al timón siguiéndole el ritmo a alguna canción de La Sonora Matancera.

Los pueblos se multiplicaron, como los niños en calzoncillos bañándose en los

ríos, como las mujeres de sonrisas blancas vendiendo frutas y agua en los peajes, como el desespero de llevar horas y horas en el Renault 4.

—¿Ya vamos a llegar? ¿Ya vamos a llegar? ¿Ya vamos a llegar? —Pregunté tantas veces como pude.

Papá gritó que me callara. Y, en ese grito, su cabeza se convirtió en la de un tiburón, un tiburón que nos devoraría a todos en el mar. Mi hermano se burló de mí. Me hizo muecas y me pegó una palmada en la cabeza. Luego, me arañó la cara y, en ese momento, me le fui encima como un gato de monte. Le mordí una oreja y, en el caos de sus gritos, los gritos de mamá y la frenada en seco del Renault 4, no me di cuenta de que papá, desenfundaba su correa, abrió la puerta, nos sacaba del auto y nos pegaba varias veces, en frente de un grupo de niños barrigones, rodeados de gallinas coloradas y perros flacos de todos los tamaños.

—¿Guisadito de iguana, patrón? —le ofreció el papá de aquella familia al papá de la nuestra. Papá nos empujó de vuelta al carro, se sentó frente al timón y, sin decir una sola palabra, emprendió la marcha del Renault 4.

Si papá no interviene aquel día, le habría arrancado la oreja a mi hermano, de eso estoy seguro, como también de que Gustavo me hubiera arrancado los ojos. Así, en medio de ese calor, continuamos nuestro largo viaje al mar, muy rezagados de la camioneta de mi abuelo y del Fiat de mi tío, a quienes no volveríamos a ver hasta el final del viaje.

Pasamos por un pueblo con cientos de toldos a lado y lado del camino. Toldos vestidos con toallas y hamacas de colores. Los hombres, las mujeres y los niños corrían junto a la ventanilla del carro mostrándonos toallas de Batman, Acuaman y el Chapulín Colorado. El sol descendía y el mundo se fue manchando de fucsias, dorados y rojos.

Aparecieron, a lado y lado de la carretera, laberintos de platanales en los que hombres sin camisa caminaban doblados por el peso de los racimos verdes. Los platanales quedaron atrás y una brisa fresca, más fresca que todas las brisas que yo hubiera sentido, se coló desvergonzada por las ventanillas del Renault 4.

Mamá miraba inquieta el horizonte y murmuraba “ya casi niños, ya casi”. Su cabeza muy atenta al panorámico del auto, antes de señalar con su dedo índice la línea inconfundible por la que habíamos viajado tantas horas:

—Miren, niños, miren...

Una línea perfecta dividía el cielo del mar. Una línea trazada con regla y pulso de relojero. Una línea que contenía al ancho mar. El mar que parecía una enorme mermelada de mora. Un inmenso estanque tumultuoso, espeso y vibrante.

Papá orilló el auto unos metros más adelante y, abriendo la puerta, descendió por una suave loma de arena. Mamá corrió detrás de él, lo tomó de la mano y nos llamó a gritos. Gustavo y yo salimos del carro y corrimos sobre las dunas, mientras recibíamos gentiles bofetadas de la brisa cargada de salitre. De cerca, el mar era una monstruosa masa líquida que se revolvió en terribles espumarajos, al tiempo que los alcatraces se zambullían en su jalea para retornar al cielo con peces plateados que les temblaban en los picos.

Nos quitamos los zapatos y las medias. Sumergimos los pies en el agua y no tuve miedo de los pececillos diminutos que se paseaban por la orilla. Intenté atraparlos, pero se desvanecían a mis pies como pinceladas de luz. Mi hermano me arrojó una bola de arena en el cuello. Yo hice varios proyectiles y se los lancé en el pecho. Nos perseguimos por la orilla lanzándonos escupitajos de agua salada, revolcándonos en la playa bajo el atardecer más bello de nuestras vidas.

Papá nos levantó con sus enormes brazos y nos llevó de vuelta al Renault 4.

—Hora de alcanzar al abuelo, niños.

De cabeza, con el mundo al revés, atrapado por el codo de papá, vi a mamá colgada del cuenco del cielo, caminando por la playa, trayendo nuestras cosas en sus manos, con una sonrisa hecha de sal. Vi a mi hermano junto a mí, tenía su cabeza sobre la espalda de papá y lo amé con la sencillez con la que se aman a las nubes, las olas o los árboles.

En el Renault 4, compartimos la ventana que daba al mar, embelesados con ese gigante que no parecía contener tiburones,

ballenas asesinas ni anguilas eléctricas, con ese monstruo encrespado por el que habíamos viajado tanto tiempo y recién veníamos a conocer. Mi hermano y yo, agarrados al borde de la ventanilla, señalábamos los buques en el horizonte, mientras papá nos explicaba por qué los barcos no se hundían en las aguas.

La sangre del mundo corría entre nosotros. Mi hermano y yo comprendimos aquella tarde de febrero que, pasara lo que pasara, no importaba qué, no importaba cuándo, seguiríamos mirando ese mismo mar desde la ventanilla del viejo auto de papá por el resto de nuestras vidas. ■